



JAVIER TOMEIO

Entrevista: Ismael GRASA

Fotografías: Cristina GRANDE

LA SENDA DEL CAZADOR

Javier Tomeo (Quicena, Huesca, 1932) es uno de los autores más traducidos y de mayor proyección internacional en lengua castellana. Es licenciado en Derecho y Criminología por la Universidad de Barcelona. Publicó su primera novela en 1967, El cazador, donde ya aparece su mundo de personajes inadaptados y su capacidad de transmitir, con un estilo de escritura básico y esencial, cargas de profundidad sobre el hombre moderno y su condición de solitario. Con Amado monstruo sus novelas comienzan a ser adaptadas al teatro y a obtener grandes éxitos en países como Alemania y Francia. Periódicamente publica nuevos títulos, entre los que destacan El castillo de la carta cifrada, El crimen del cine Oriente –adaptada al cine por Pedro Costa– o La agonía de Proserpina. En 1994 recibió el Premio Aragón de las Letras, y es medalla de oro de la ciudad de Zaragoza.

Estamos en la cafetería del hotel Palafox, que desde hace años es donde a Javier Tomeo le gusta alojarse en las temporadas que pasa en Zaragoza.

Naciste en Quicena. ¿Te consideras un niño de pueblo, con un territorio mítico?

Hace mucho tiempo que no voy por ese territorio mítico. Yo iba desde mi pueblo a La Cobertera. Recuerdo que una vez, después de estar unos años sin venir, entré en trance cuando regresé. Fui volando, sin pisar el suelo, desde mi pueblo hasta La Cobertera.

¿Qué es La Cobertera?

Es una parte del monte de Quicena. Trae, que te la voy a dibujar. (Aquí Javier Tomeo coge una servilleta de papel y se dedica a su conocida afición por dibujar. Va explicando: “Es así... Por aquí está Montearagón... Por aquí va un camino...”). Hice el recorrido emocionado, en éxtasis, y sin dejar de hablar. Me gustaría tener grabado lo que dije, eran unos años de exaltación.

¿Con quién ibas?

Solo, solo. No lo digo nunca porque me da vergüenza. Me gusta contener los sentimientos. Me tumbaba en el suelo y me apretaba contra él como si fuese una mujer. No era yo. Fue mi reencuentro con la tierra después de unos años. La Cobertera es una parte muy especial, tiene forma de *cobertera*, con la roca arriba.

Como una tapa.

Sí, una tapa. Una tapadera. Entonces ahí, por las mañanas del verano, había cientos y cientos de grajos. Les decíamos *grallas*. Eran como cuervos pero más pequeños. Estaban continuamente revoloteando. “Ñee, ñee”, toda la mañana. Estaban alegres, habrían comido. Supongo que habría muchos insectos. En aquellos tiempos avanzar por el medio de un rastrojo era toda una aventura, con tanto insecto. Parecía que estuvieses en la selva. Al paso te salían centenares de saltamontes, con las alas de colores distintos, unas rojas, otras verdes. Era precioso. Se podían hacer colecciones de alas de saltamontes. También había muchos buitres. En esto, sin embargo, la población se mantiene.

En tus relatos aparecen todas estas aves y animales.

Lo que no había entonces era tantos jabalíes, o *jabalines*, como se decía también. Era difícil encontrarlos, había que andar y salir al monte. Había que madrugar y esperar a que fuesen a beber. Tampoco había zorros. Había algún *tejudo* o tejón.

Compartes con Buñuel y con Sender este contacto rural con la naturaleza.

A mí me marcaron mucho los veranos intensos en Aragón. Yo estaba en estado de gracia, con la casa donde nací. Vuelvo de vez en cuando, pero, claro, es una casa ya transformada. Da tristeza, porque entonces pienso que cualquier tiempo pasado fue mejor, aunque sea mentira. Porque ahora se vive mejor, más higiénicamente. Nací en una casa que posiblemente había permanecido igual durante los últimos quinientos años, salvo reparaciones puntuales. Nací en la misma alcoba donde nació mi abuelo. Eran unos tiempos

muy duros. Era una casa de pueblo con tinaja, sin agua corriente ni luz eléctrica, que se puso después de la guerra. Íbamos con candiles. Yo conozco la magia del candil, cuando pasas de una habitación oscura a otra. “Una almendra luminosa”... Luego, cuando regresabas a la ciudad, a tu casa habitual, comprendías las ventajas de la civilización.

Eras un niño cuando fuiste a vivir a Barcelona.

Me marché pronto del pueblo, pero era un regresar continuo. Iba a un colegio de Barcelona. Una vez, de regreso al colegio, sugerí a un compañero de curso, con la mejor buena fe del mundo, las ventajas de besar la suela de mis zapatos porque habían pisado tierra aragonesa. Hasta tal punto era la devoción y la mitificación de Aragón. Cosa que los aragoneses que no se han ido no la sienten, ni tienen por qué.

Tu caso es el de otros muchos que emigraron por esa época.

Sí, el Aragón de “la diáspora”. Mis padres, en realidad. Lo que pasa es que así como los gallegos están tan lejos de Galicia, Aragón estaba a la vuelta de la esquina, y nunca he perdido el contacto. Recuerdo una vez en que yo jugaba al fútbol. Yo era portero, incluso llegué a entrenar con el Huesca cuando jugaba en segunda división. Era el equipo en el que jugaba Hernández, y un portero catalán que se llamaba Ferrús. Y el famoso Moreno, de Zaragoza, que llegó a ser internacional. Había también otro equipo en Huesca, que supongo que tendría que ver con la Falange, que se llamaba Dardo. Pensé incluso en la posibilidad de vivir en Barcelona y venir los domingos a jugar a Huesca. En aquellos tiempos era una locura pensar eso, el tren exigía siete u ocho horas de trayecto. Siempre me he sentido muy cerca de Huesca.

De hecho, a menudo has contado que tu primer texto publicado fue una crónica futbolística, “Un oscense en San Andrés”, publicada en *La Nueva España*.

Claro, yo en los veranos vivía los prolegómenos de la temporada, los primeros entrenamientos del Huesca en San Jorge. El campo no estaba entonces en el Alcoraz sino en San Jorge, al lado de las piscinas. Un campo enorme y muy malo. Conocía a los jugadores. En agosto, por San Lorenzo, se montaba casi siempre un partido del Huesca con el Zaragoza. Aquello era un acontecimiento. Venían los de Zaragoza y provocaban por las Cuatro Esquinas con un tranvía de hojalata. Decían: “¡Cuidado, que pasa el metro!” Y los otros se enfadaban y había broncas. Normalmente el Zaragoza ganaba.

El Huesca en aquella temporada había subido a segunda división y ya era un equipo gallito. Fue a jugar al campo de San Andrés, en Barcelona. Perdieron por tres cero. Cada vez que nos metían un gol un tipo del San Andrés se sacaba una trompeta del bolsillo e interpretaba los compases del pasodoble “Islas Canarias”.

Aquello fue humillante y me quedé con ganas de contárselo a alguien. Recuerdo que escribí una cosa, sin ninguna pretensión, lo mandé a *La Nueva España* de Huesca y lo publicaron. Fue una sorpresa para mi familia. No es que fuese un niño prodigio, ya tendría dieciséis o diecisiete años. Pero entonces me consideré escritor, ya me creía Hemingway. Nunca he podido encontrar el ejemplar donde se publicó.

Luego escribí otro sobre la Semana Santa, ¡fíjate! Estaba en Barcelona. El concepto de la Semana Santa de los obreros era muy distinto del que había en el medio rural. En realidad era una ocasión para tener un día de fiesta y beber vino en los alrededores de la ciudad. Yo entonces era un producto franquista, en el sentido de que en el colegio nos metían ideas sobre la Semana Santa, el Imperio y todo eso. Entonces, pobre de mí, protestaba contra esa gente que cometía el sacrilegio de cantar, reírse y hacer excursiones el día de Viernes Santo.

Tu literatura nunca ha sido de crónica de la realidad. No dejan de sorprender estos inicios.

En aquella época lo que quería contar era eso, y eso es lo que hice. Amablemente el director de *La Nueva España* publicó ese par de artículos.

Cuéntanos algo de tus estancias en Ayerbe.

Tenía un tío en Ayerbe, Antonio Sanvicente. Tenía un hotel y estaba en una buena posición económica. En mi pueblo mi familia era de labradores, y en Ayerbe mi otro cuñado, casado con una hermana de mi madre, tenía un hotel, el hotel Universo. Ayerbe era entonces un pueblo importante, un cruce de caminos donde iban muchos corredores, vendedores... Recuerdo que en la estación de Ayerbe a veces coincidían dos trenes al mismo tiempo, de camino a Jaca y a Zaragoza. Había uno que era el Autovía, que era como el AVE de la época. La estación era el sitio más romántico del mundo, en la España franquista. Las mozas se pintaban e iban a pasear por los andenes. Cuando llegaba el tren cruzaban las miradas con los capitalinos y los chicos de las ventanillas. Se encendían las miradas y luego el tren volvía a desaparecer. A lo mejor volvían al día siguiente con la esperanza de volver a verse. “La chica de la estación”, como la de la famosa canción de Concha Piquer, existía, no es un invento.

Yo estuve ahí muchos veranos, en la huerta de los Pie. Aquello era el paraíso terrenal. Yo vivía en el hotel, en un ambiente cómodo y confortable. Había hasta teléfono. Mi tío cazaba jabalíes, con las autoridades del pueblo, supongo. Volví a la huerta de los Pie hace tres o cuatro años. Está fraccionada, hay casas, chalés. Ya no es esa inmensa huerta de los Pie.

También tienes recuerdos de Lérica...

Ahí fui a ver a mi padre, que estaba en un campo de concentración, arriba, en el castillo. Recuerdo vagamente



que ahí estaban todos tomando el sol, rodeados de barreras, naturalmente. Fue entrañable. No sé cuánto tiempo hacía que no veía a mi padre. Le soltaron en cuanto vieron que no había hecho nada grave. Pero estuvo ahí, el pobre, con una maletica. Reconocería ahora esa maleta donde guardaba sus cosas en Lérida. De los tiempos de la guerra recuerdo Barbastro, y Selgua, que era una estación intermedia entre Huesca y Barbastro.

Luego te matriculaste en la universidad.

Los de la universidad éramos unos señoritos. Todas las facultades estaban juntas, relativamente había pocos estudiantes. Recuerdo con especial cariño a un rector aragonés, Enrique Luño Peña, catedrático de Derecho Natural y Filosofía del Derecho. Muy buena persona, muy amable. También muy del régimen. Se decía que era del Opus. Llegó a ser director general de la Caixa de Pensions. Era campechano, sonreía a todos, era comprensivo. Era una especie de obispo. Cuando acabé la carrera le fui a ver en su calidad de director de la Caixa de Pensions y me recibió.

¿Mantienes algún contacto con tus compañeros de la universidad?

Me invitan cada año a unas cenas que hacen pero no voy. Los antiguos alumnos que se reúnen. ¿Qué vas a recordar? ¿Desapariciones? ¿Muertes? Recibo cada año cartas. Algunos son notarios, abogados...

Tú no llegaste a ejercer la abogacía.

No... Trabajé de pasante muy poco tiempo.

Es conocida tu especialización en criminología.

Estudié Criminología. Estudios a los que también accedían por derecho propio los alumnos de medicina y periodismo.

¿Qué te llevó a estudiarla?

Siempre digo lo mismo. Las ganas de conocer mejor el alma humana, la etiología del comportamiento. Conocer los resortes más secretos de la conducta humana. Por una época también quise ser químico, supongo que influenciado por una película en que salía Edison. *El joven Edison*, creo que se llamaba. Me impresionó ver a aquel niño y quise ser químico. Y también quise ser ingeniero textil. Hubiera sido la ruina de las empresas. El caso es que acabé en la fosa común, en Derecho.

¿Ibas mucho al cine en aquella época?

Nunca fui un gran aficionado al cine. Para mí el cine ha sido sobre todo entretenimiento, que es lo que sigue siendo ahora. Sólo está el dios Buñuel, que hace las películas que a mí me gustaría escribir. Hay dos o tres directores más, pero en general me interesa poco el cine. Veíamos cine colonial, *Tres lanceros bengalíes*, *La carga de la brigada ligera*, todo eso. Había una, *Puerta cerrada*, con Libertad Lamarque, que cantaba tango. Veía películas de indios. Había películas de indios y películas de miedo, que básicamente eran Drácula y Frankenstein, con Boris Karloff y Bela Lugosi.

En 1967 publicas tu primera novela, *El cazador*.

Para mí fue una ruptura con la literatura española que se hacía entonces. No sé por qué lo hice. Yo empecé escribiendo literatura realista. Un amigo mío me dijo que me dejase de historias y que aquello ya estaba escrito. Eso me hizo pensar y darme cuenta de que yo no disfrutaba escribiendo eso. Entonces me fui a una literatura más personal, más rupturista, y aquella novela mía, que entonces pasó inadvertida, marcó un hito.

Da la impresión de que tú eres un escritor que tardas en nacer, pero que naces de pie.

Qué bonito. Como los potros. Pero no ha sido tan así. Hay personas que se han preocupado por conocer mis orígenes literarios.

Una de las personas que fueron importantes para ti fue el crítico Julio Manegat.

Para mí es fundamental. Era ya un hombre conocido, prestigioso, y fue él quien me dijo: adelante, tienes personalidad, se puede reconocer lo que tú escribes entre la obra de mucha gente. Yo exageraba la distancia que separa Barcelona de mi pueblo porque me parecía que cuanto más distinto se era de los demás, mejor. La distancia, hasta cierto punto, significa diferencia. Venía en tren e iba gozando de los cambios que se producían en el paisaje, después de Lérida. Una vez me lo dijiste tú: los Monegros son como un airbag.

Julio Manegat me ayudó a publicar mis primeros textos literarios en el *El Noticiero Universal*. Entonces era otro tipo de diario. Los sábados publicaban un cuento literario con un dibujo. El director del periódico era aragonés, Hernández Pardo. Su hijo, Hernández Pijuan, era un gran pintor, muerto hace poco. Fue él quien ilustró mis primeros cuentos: “Los invasores”... Me pagaban cuarenta duros, doscientas pesetas, que era mucho. Un lechón asado en un buen restaurante de Barcelona costaba cuarenta pesetas.

Llevaste a cabo también trabajos editoriales.

Tuve la suerte de que Barcelona era, y sigue siendo hasta cierto punto, la capital de la edición española. Había muchas editoriales, y yo presentaba mis originales. Y te los rechazaban...

***El castillo de la carta cifrada*, considerada una de tus mejores novelas, pasó por varias editoriales.**

La última fue una editorial que se llama Argos Vergara. La leyó una señora, Anne-Marie Comert. Me dijo que estaba muy bien pero que no se ajustaba a lo que editaban, que es lo que se dice siempre. Le dije que no se preocupase, y ella me dijo que para que viese que realmente la novela les gustaba me iba a dar los informes que había recibido de tres críticos. Del cero al diez me daban un nueve, o algo así, pero comercialmente me daban un uno o dos. Creo que guardo esos informes. Esta editorial estaba en contacto con Anagrama, que empezaba entonces a publicar novelas. Hasta entonces publicaba ensayos. La leyó Jorge Herralde y le gustó mucho.

Luego se convirtió en tu editor más regular.

Ha sido mi editor, mi editor natural, diría yo. Él publicó esta novela, lo que para mí marca un antes y un

después. Había publicado en otras editoriales, pero aquello fue un cambio. Luego empezó la aventura internacional: la traducción al alemán, luego al holandés, luego, curiosamente, al portugués...

¿Dejaste entonces tu trabajo?

Yo trabajaba en la Olivetti. Yo vivía con mis padres, no necesitaba dinero para vivir. Pero quería tener dinero y mis propios recursos. Podría haber llegado a ser un cargo importante en la Olivetti. Fue de las primeras empresas que buscaron gente en la universidad para ocupar cargos de responsabilidad. Pusieron un anuncio en el periódico y yo escribí una carta, con cuatrocientos más. Nos seleccionaron a cuatro. Entonces empecé a trabajar. En la Olivetti nos daban una formación que lo comprendía todo. Empezabas siendo obrero, con jornada de seis de la mañana a dos de la tarde; comíamos en la fábrica. Durante tres o cuatro meses fue así. Luego pasamos a distintos departamentos de la empresa –publicidad, marketing... –, para llegar a ser directores de sucursales. Como yo era el peor de los que entramos, el más rebelde –yo creo que se equivocaron, tenía el virus de la literatura arraigado–, me quedé en Barcelona, donde me tenían más sujeto. Tal vez podría haber ido a Sevilla de director.

Se cuenta que llegabas antes de hora a trabajar para no ser puntual.

Sí, era la rutina. Daba vueltas por la ciudad, y había días que llegaba a las ocho, otros a las siete, o a las nueve –nunca después–. Era una empresa muy seria, como todas. El horario flexible, el salir a tomar café, eran cosas que no se estilaban. Sólo salía el director, un ratito.

Estuve en la Olivetti hasta que me fui. Me fui a Inglaterra e hice un poco el hippie por allí. Volví y me encontré con una carta de despido. Pero yo ya había renunciado antes.

Entonces empezó una etapa muy dura porque, ya sin el dinero que ganaba en la Olivetti, tuve que hacer correcciones de pruebas, de estilo, libros. Nuestro amigo Félix Romeo, que es un buscador de libros de viejo, encontró un libro mío que se llama *Historia de la esclavitud*, del que ya ni me acordaba. Lo firmaba como Franz Kelly. Entonces se firmaba con nombres extranjeros porque así se prestigiaba más el texto.

Mucha gente no sabe que has estado casado.

Ni yo mismo lo sé... Fue una etapa de mi vida. Yo creo en la pareja. Tal vez los escritores somos personas difíciles, vivimos mirándonos el ombligo. Tal vez exigimos más de lo que estamos dispuestos a dar. Lo cierto es que se acabó.

¿Qué cosas buscabas en tu viaje a Inglaterra?

La verdad es que yo no tenía una gran preocupación política ni era un elemento activista. Como todos los de mi época, he corrido delante de los guardias. Participé en la “huelga de los Tranvías”, que fue la primera que se hizo en España. Pero no he formado parte de grupúsculos revolucionarios. Yo vivía tranquilamente. Mi primer cuento era totalmente rompedor, agresivo.

Te refieres a su clave política.

Totalmente. Pero no lo comprendieron, porque los censores no eran gente inteligente. Trataba de una invasión de crustáceos en el centro de la meseta. Recuerdo que un personaje decía: “¿Qué puede significar esto?” Era subversivo para la época, y pasó como si nada.



Para acabar: ¿cómo ves las cosas hoy en Aragón?

Creo que estamos en un buen momento. Estamos más cerca de lo que nos rodea de lo que nunca estuvimos. El aragonés es un hombre que no presume de ser aragonés. Es como cantar jota, se clava en el centro del escenario y canta. No tiene necesidad de ponerse de puntillas. Se ofrece como una realidad, como un castillo roquero. Pero eso de hablar de ser aragonés, o catalán, se va a perder dentro de poco porque vamos a llegar a una mezcla de culturas y razas. Seremos todos del mismo sitio.